

Newsletter

Red de Archivos Históricos de CC.OO. – enero 2012/1

Jornada de Estudio

La clase y otras identidades

El pasado 13 de enero se celebró en Vitoria-Gasteiz la Jornada de Estudio “La clase y otras identidades”. Estaba organizada por la Red de Archivos Históricos de CC.OO., el Instituto de Historia Social Valentín de Foronda de la Universidad del País Vasco y la Fundación José Unanue. El objetivo no era otro que incidir en el debate sobre la identidad de clase y otras identidades superpuestas y/o contrapuestas. La jornada fue inaugurada por Antonio Rivera, catedrático de la propia universidad del País Vasco y viceconsejero de cultura del Gobierno Vasco. Se presentaron y debatieron tres ponencias. La primera estuvo a cargo de Rafael Ruzafa, profesor de Historia Contemporánea de la Universidad del País Vasco. Ruzafa intervino sobre los trabajadores de las obras públicas a mediados del siglo XIX, a los que caracterizó como “itinerantes por definición”. Esta itinerancia marcó sus señas de identidad. La segunda ponencia fue presentada por Steven Forti, miembro del CEFID de la Universidad Autónoma de Barcelona y autor de diversos artículos en revistas como “Memoria e Recerca” o “spagna Contemporanea”. Su contribución estuvo dedicada a reflexionar sobre el binomio clase/nación, a partir de las trayectorias biográficas de tres personajes, en otros tantos contextos nacionales, que desde la izquierda acabaron por situarse en el fascismo, como fueron Pérez Solís, Bombacci y Marion. Por último Marco Cipolloni, sociolingüista, historiador y profesor de la Universidad de Padua, se centró en el consumo como mecanismo disciplinario en el contexto urbano, así como en el en el análisis crítico de la identidad de consumidor que desplaza a otras identidades como las de clase o género. A continuación presentamos los resúmenes de las tres ponencias, que nos han sido facilitados por los propios autores, al objeto de proporcionar una idea sobre el tipo de cuestiones abordadas en la Jornada.

Itinerantes por definición. Los trabajadores de las obras públicas a mediados del siglo XIX

Rafael Ruzafa Ortega

Mi acercamiento a los trabajadores de las obras públicas responde a una insatisfacción en mi investigación sobre el período de formación de la clase obrera, en el tercio central del siglo XIX, inevitablemente muy centrada en los sectores urbanos e industriales. La mayor parte de los sectores productivos y de las relaciones sociales de ese período quedaba fuera, singularmente el mundo rural, tan complejo y/o plural en España, en pleno proceso de adaptación a las lógicas liberal-nacionalizadoras (libertades económicas, despliegue de los aparatos del Estado...).

Para una mirada amplia, que desbordara el ámbito local sin perder de vista tantas especificidades, apliqué la herramienta de la comunidad laboral, de ordinario bastante cerrada al exterior, aunque no impermeable, y con mucha cohesión interna pero no necesariamente igualitaria. De cinco comunidades

laborales, la más difícil de constreñir por su propia naturaleza era la de los trabajadores de las obras públicas, emergente a mediados del siglo XIX.

Encontramos a los trabajadores de las obras públicas en la construcción de las primeras líneas ferroviarias, en la red de carreteras y su conservación, en la construcción de puertos (rectificación de la ría bilbaína del Nervión, conformación del guipuzcoano de Pasajes...), en los canales (el de Castilla para transporte de cereales, el de Isabel II para el abastecimiento de aguas a Madrid).

Las obras públicas reclamaron mucha mano de obra sin cualificación, y también mucha cualificada encargada de las denominadas obras de arte o de fábrica. Fue el sector más demandador y condicionador del mercado de mano de obra. A escala regional de los no cualificados, en medio de la estacionalidad agraria (importancia de las juntas de bueyes). A escala nacional e incluso de Europa occidental de los cualificados, con el ejemplo de los mineros piamonteses empleados en los túneles de Guadarrama o de las montañas guipuzcoanas. Como polo muy dinámico entre ambos segmentos, que consideramos cruciales para cualquier análisis de las clases trabajadoras, en las obras públicas se recualificaron millares de braceros, que pasaron a otros sectores productivos.

El principal rasgo característico de los trabajadores de las obras públicas fue la itinerancia, la movilización masiva de trabajadores, en ocasiones cerca de las ciudades y en otras generando poblaciones ambulantes en descampado (Guadarrama, Cegama en Guipúzcoa, comarca de Reinosa). En la itinerancia desarrollaron una verdadera forma de vida, con sus implicaciones familiares y su impacto sobre la población previamente asentada.

El sector en su conjunto experimentó la dependencia de organizadores del trabajo a gran escala, sobre todo en la construcción ferroviaria. Nos referimos principalmente a las empresas concesionarias que se encargaron directamente de la construcción y a los grandes contratistas (Thomas Brassey, José Salamanca, José Campo, los hermanos Girona...). Grandes desconocidos para la historiografía de lo social, en España resultaron pioneros en la aplicación de lógicas capitalistas inversión-beneficio y se encontraron con dificultades en la formación y aprovechamiento de un tejido empresarial nacional.

Este tejido era fundamental para la aplicación generalizada de la subcontratación, otro de los rasgos fundamentales. Sin una denominación fija de época (trocistas, destajistas, empresarios, contratistas...), los subcontratistas de parcelas de obra pública representaron una vía de ascenso social para las clases trabajadoras. El *gang system* o la cuadrilla como unidad de trabajo reforzó una figura merecedora de más atención, el capataz, que en las obras públicas podía simultanear varias funciones.

En las complejas relaciones de contratación se asentaron exigencias tempranas de intensidad del trabajo, con su corolario de altas siniestralidad y mortalidad, todavía sin ninguna intervención del Estado. Su sustituto a mediados del siglo XIX fue un también temprano modelo paternalista que incluyó unos desconocidos servicios sanitarios, cajas de retiros, cantinas obligatorias, disciplina, jerarquías, multas. Dicho marco acentuó la percepción de la comunidad, que en otro sentido se visualizó en las ceremonias de final de obra, que no debe confundirse con las de inauguración de las obras o de entrada en funcionamiento. En acta del consejo de administración de la compañía del Norte de 4 de febrero de 1864 se menciona carta del ingeniero jefe de la construcción Burgos-Irún “participando que el túnel de Oazurza estará perforado del todo el día 8, e invitando a los Sres. Administradores a que asistan a la ceremonia que en tales ocasiones es costumbre celebrar entre los Yngenieros y obreros”.

Una serie de prejuicios morales acompañó a los trabajadores de las obras públicas, los *navvies*, según jerga británica trasladada a su imperio y al continente europeo. Brutales, pendencieros, borrachos, mujeriegos, derrochadores. Antes que otros sectores laborales, ellos encarnaron el temor a las clases peligrosas, de las que muchos asalariados formarían parte. Lo alimentó cierta conflictividad vinculada a impagos de jornales, antes de las organizaciones obreras de oficio y mucho antes de las de clase.

El interés de esta ¿subidentidad? dentro de la clase obrera invita a análisis de más largo recorrido, que tengan en cuenta las propias readecuaciones de la comunidad laboral y la participación de otros agentes en el proceso histórico. Desde luego, algunas características y la dimensión del sector laboral se mantienen hasta la actualidad, y raras veces ha desmayado.

Clase y nación: ¿amigos o enemigos?

Steven Forti

La relación entre la identidad de clase y la identidad nacional ha estado cargada de significados y significantes distintos a lo largo del siglo XX, según los contextos geográficos y temporales. Es decir, ¿la identidad de clase y la identidad nacional son identidades antinómicas o identidades emparejables? O, quizás, ¿identidades ni antagónicas ni convergentes?

Contestar a esta pregunta no es nada fácil. Los riesgos son muchísimos. Tres sobre todo. El primero: caer en estériles diatribas políticas que parecen no abandonarnos nunca. El segundo: pensar la política como una interrelación de contrarios: amigos y enemigos, justamente, como teorizó de una forma aguda en el ocaso de la República de Weimar el jurista que puso las bases del *Führer prinzip*. Estoy hablando de Carl Schmitt y de su libro *Las categorías del político*. El tercero de estos riesgos es proponer un análisis tan amplio cuan poco útil.

A nivel historiográfico, se ha empezado a ver algo sólo recientemente, aunque es muy difícil encontrar publicaciones que tratan de esta *vexata quaestio* de una forma directa. Generalmente, se encara la relación entre clase y nación de una forma transversal y/o parcial: por ejemplo, estudiando la identidad nacional y topándose –o, a veces, tropezándose– con la cuestión de la clase o *viceversa*. Y cuando se hace, cosa no muy frecuente, no se hace nunca de una forma transnacional y se ciñe a un solo contexto nacional.

Las excepciones son realmente pocas. Pienso, para el caso italiano, en los trabajos – todos publicados en la última década– de jóvenes investigadores como Maddalena Carli que estudió el discurso revolucionario de lo que definió el “socialismo nacional” en la Italia de los años anteriores a la Primera Guerra Mundial –es decir, el acercamiento entre sectores nacionalistas y sectores sindicalistas revolucionarios influidos por el pensamiento y el giro político de Sorel– o como Matteo Pasetti que estudió el discurso, la organización y las representaciones del movimiento nacional-sindicalista italiano en los años anteriores a la Marcha sobre Roma –un movimiento nacido de sectores provenientes del sindicalismo revolucionario intervencionista y que luego confluirá en parte en los sindicatos fascistas–. O un libro que intentaba ofrecer una visión un poco más amplia –enfocando la cuestión desde el punto de vista de las Internacionales y dejando espacio también a casos como Polonia y Checoslovaquia–, como el editado por Marina Cattaruzza, titulado *La Nazione in rosso. Socialismo, comunismo e “questione nazionale” (1889-1953)*.

Para el caso francés, debo citar los estudios pioneros –que desataron unas críticas feroces– de Zeev Sternhell sobre los orígenes de la ideología fascista. Unos trabajos que iban más allá del nacionalismo de Maurras y Barrès y la experiencia de Vichy, pasando por la alergia francesa al fascismo, que Sternhell criticaba con fuerza, llegando a afirmar que Francia fue nada menos que la cuna del fascismo.

Para el caso español, pienso en las muchas publicaciones de Xose Manuel Núñez Seixas –sobre todo en el excelente volumen *¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica durante la Guerra Civil española*, que mostraba, entre muchas otras cosas, el uso de la idea de nación en el frente republicano – y en *Señas de identidad*, el pionero estudio de Antonio Rivera sobre la clase obrera y el nacionalismo en el País Vasco de finales del siglo XIX y principios del siglo XX. Y en tiempos todavía más cercanos, el simposio de 2010, titulado *Los heterodoxos de la patria. Biografías de nacionalistas atípicos en la España del siglo XX*, que se ha convertido en un libro. Trece biografías de nacionalistas *sui generis*. En algunas de estas biografías la

identidad de clase es prácticamente inexistente o, como mínimo, secundaria, mientras que en otras de estas biografías la identidad de clase es central, como en el caso de Óscar Pérez Solís.

Pérez Solís es una de esas figuras políticas, entre las que Benito Mussolini puede ser la más relevante, que pasaron de formaciones políticas de izquierda a organizaciones políticas y sindicales fascistas en la Europa de entreguerras. Cuadros y dirigentes socialistas, comunistas y sindicalistas revolucionarios, marcados por una educación y una cultura política marxista clásica –basada en los conceptos de clase e internacionalismo– que, en momentos y tiempos distintos, abrazaron la nación, como concepto, como mito y como identidad. ¿Cuál es el medio que permite estos tránsitos? ¿Cuál es la clave que permite este cambio? ¿La sustitución del concepto y de la categoría de clase por el concepto y la categoría de nación? Con el objetivo de intentar analizar esta cuestión más allá de un solo contexto nacional –dando prioridad a la perspectiva de la historia comparada–, lo que resulta extremadamente interesante es estudiar los casos del ya citado Pérez Solís, Nicola Bombacci, por lo que concierne a Italia y Paul Marion por lo que se refiere a Francia.

Listos, listillos, listados y alistados: la industria del ocio por palabras

Marco Cipolloni

A pesar de un título que parece posmoderno, la presentación del hispanista italiano Marco Cipolloni, sociolingüista e historiador de la Universidad de Modena, donde es director de un Departamento de traducción, ha tenido acentos polémicos en contra de muchas lecturas contemporáneas de corte consensualista, relacionadas con el espacio urbano español y sus modificaciones. Sus opciones, mezclando atención al contexto con consideraciones de larga duración, han conformado una propuesta de revisión de la relación ocio-trabajo basada en categorías conflictivas. Dicha relación, tal y como ha venido conformándose en los espacios urbanos peninsulares de los siglos XIX y XX, ha tenido mucho que ver con la política de masas y la dialéctica élites-masas.

Con y desde esta perspectiva, el análisis de Cipolloni ha enfocado la industria del tiempo libre como industria de la conciencia y como formato de disciplinamiento social, domesticación, (des)movilización y manipulación de las identidades colectivas (gremiales, generacionales, de género, de clase) y de su colocación en el entramado urbano y en el discurso ciudadano (incluyendo en la historia de los derechos y de la lucha por los derechos el derecho al ocio, al tiempo libre y a una mejor y menos precaria calidad de vida).

Los conflictos y tensiones que han ocupado y moldeado, real y simbólicamente, el espacio público de las ciudades españolas contemporáneas han sido reconsiderados al hilo de las correspondencias entre las transformaciones paralelas de las redes urbanas, de las ideologías, de los medios y de las imágenes. Se han ofrecido varios ejemplos concretos (entre ellos, el de Vitoria) y se han revisado los resultados de encuestas recientes sobre calidad de vida (planteando, entre otras, la cuestión de los indicadores). El análisis se ha apoyado en una revisión de géneros textuales y comunicativos hasta ahora escasamente investigados, como los callejeros y los listados de negocios de las páginas amarillas. Desde el punto de vista metodológico Cipolloni ha subrayado la importancia del estructuralismo, del conflicto y de la reflexión sobre fuentes y formatos de la propaganda, proponiéndolos como alternativa viable a los enfoques posmodernos, que pretenden considerar la identidad de clase superada y reemplazada por la identidad de consumidores. Mediante una revisión de algunos conceptos clave del debate (entre otros: ensanche, ciudad mercado, teleciudad, rehabilitación, densificación, calidad de la vida, etc.), Cipolloni ha argumentado a favor de la solvencia de un planteamiento identitario que recupera la clase y el conflicto como categorías que siguen siendo imprescindibles para interpretar y entender la dinámica social y cultural de las ciudades españolas contemporáneas.